

NIÑOS DE LA BIBLIA.



GRACION DE RUTH.

XVIII.

NOEMI.



Dos mugeres, una bastante entrada en años, y otra muy jovencita aun, caminaban con celeridad al través de la vasta campiña de las cercanías de Bethleem. Era al caer de la tarde, cuando el sol de un momento á otro iba á trasponer las montañas que al Occidente se divisaban, y los ardoro-

Junio de 1818.

ros rostros de las dos mugeres, sus tunicas ajadas, sus sandalias y pies cubiertos con el polvo del camino, claramente indicaban que habian hecho en aquel día una larga y fatigosa jornada. Al llegar á lo alto de una colina, desde cuya cima se descubria un nuevo y remoto horizonte, las dos mugeres se detuvieron, y la mas anciana, fijando su vista en la deliciosa campiña que de nuevo se le presentaba, levantó sus brazos al cielo y exclamó:

—Gracias os sean dadas, Dios mio, que me habeis permitido vuelva á ver

TOMO II. 11

los sitios en que he pasado los mas felices dias de mi infancia, los sitios en que han vivido mis padres, y donde sus cenizas reposan.

Despues, como si estos recuerdos escitasen en ella los mas dolorosos sentimientos, permaneció en silencio mientras que las lágrimas bajaban lentamente por sus mejillas.

—¿Por qué llorais así, madre mia? exclamó cariñosamente la jovencita. Aquí estoy yo para amaros, para consolaros de cuanto podais echar de menos en esta tierra.

—¡En esta tierra pasarán tristes los dias de vida que aun quedan á Noemi!

En seguida, volviéndose esta desventurada hacia la jóven que trataba de consolarla, exclamó con amargura:

—Ruth, hija mia, ¿ves esos magníficos campos en que abundan las producciones de la naturaleza?... Pues entre todas ellas no hay ni siquiera una espiga de trigo que sea nuestra. Ni aun nos será dado hallar un asilo en la ciudad de Bethleem que se descubre allá á lo lejos, y tendremos que habitar en el campo en una miserable cabaña donde se marchitará tu hermosura, y pasarán en la miseria los mas hermosos dias de tu juventud. ¡Ah! ¿por qué has querido venir conmigo?

—Porque mi deseo no es otro mas que el de acompañaros donde quiera que vayais, consolaros y participar de vuestra buena ó mala suerte.

—Si, hija, participa de mis penas, que Dios que manda amar á los padres, te premiará este sacrificio: que Dios, que castiga á los que faltan á sus preceptos, no te enviará en tu vejez los pesares que á mí me devoran.

—¿Y no me revelareis de una vez cuáles son vuestros pesares, ahora que ya estamos en el pais que ha de servir de término á vuestras fatigas? Cuando estábamos en el pais de Moab me deciais que en llegando á esta tierra ya estariais contenta: ya estamos aquí, y sin embargo, ¿todavía llorais!

—Es á causa de que entre los recuerdos que el aspecto del pais de Israel en mi escita, hay uno muy doloroso que ahora mismo te voy á revelar.

Al decir estas palabras, Noemi cogió afectuosamente á Ruth de la mano, y ambas fueron á sentarse en un lindero de cesped, situado á cierta distancia del camino, donde Noemi empezó la narración siguiente:

—Hace ya cerca de veinte años que una esterilidad horrorosa afligió á los campos y á los pueblos de Israel. Los habitantes, víctimas del hambre, empezaban á perecer, y los que cons-ternados aun sobrevivían, trataban de abandonar unos campos sobre los que el Señor descargaba su azote, para buscar asilo en tierras extrañas. Mis padres, sin embargo, confiando en que Dios habia de retirar el castigo con que afligia á su pueblo, y temerosos de contaminarse con el impuro culto de los dioses á quienes se reverenciaba en tierras extrañas, resolvieron permanecer y morir en el mismo suelo en que habian vivido y muerto sus antepasados. Pues bien, en este conflicto yo abandoné á mis padres y deudos: yo no temí olvidar el culto del verdadero Dios en tierra extraña, y yo, en fin, los deje sumidos en la mayor aflicción por seguir al pais de Moab á un jóven israelita, que despues fué mi esposo y padre del tuyo, así como del de la bella Orpha. Elimelec era entonces uno de los mas gallardos mancebos de Israel, y aunque yo apenas tenia la edad que las leyes marcan entre nosotros para tomar estado, enamorada y ciega prometí á Elimelec que le seguiria donde quiera que fuese; y apenas supe que se disponia á marchar, corrí á unirme á él sin contar con mis afligidos padres, sin acordarme de las lágrimas que les haria derramar, sin pensar siquiera que incurria en su funesta maldición, la mayor desgracia que pudiera sucederme.

¡Ah! ¡bien caro he pagado el extravío de mi conducta! Aunque en tu pais, hija mia, fuimos recibidos con todo el cariñoso afecto que se debe á la desgracia, y aunque se nos dispensase la hospitalidad mas generosa, yo no podia olvidar el recuerdo de mis padres, de mi pais, y las solemnidades del culto del verdadero Dios, y esto me hacia padecer mucho en secreto, y

lamentar bienes que había perdido. Mi dolor estalló sin recelo con la prematura muerte de mi esposo Elimelec, y aunque ya empezaba á conocer la mano del Eterno que me castigaba, me consolaba aun con la grata presencia de mis dos hijos, y muy particularmente con la de mi primogénito Mahalón que bien pronto fué tu esposo. Pero bien lo sabes, Ruth, querida hija mía: la justicia divina aun no estaba satisfecha, y mis dos hijos, tan hermosos y tan llenos de vida, perecieron en la flor de su juventud, traspasando con este golpe no solo el corazón de su madre, sino tambien el de mis dos hijas de adopción.

Después de un corto momento de silencio, durante el cual las lágrimas se agolpaban á los ojos de Ruth, y corrían abundantemente por las mejillas de Noemi, continuó esta después de haber tomado aliento:

—En vosotras y en vuestros parientes hubiera encontrado toda la asistencia y el auxilio que pudiera desear; pero la vida me era insostenible en un país en que yacían mi esposo y mis hijos, y resolví abandonarle para venir humillada y arrepentida á soportar los remordimientos y la indigencia, y á terminar mi triste vida en el país donde reposan los huesos de mis padres. Mucho temblaba el momento de la despedida; pero mi sorpresa fué inaudita, y esperiménté un consuelo inefable, cuando te escuché decir con la mayor resolución que no te apartarías de mi lado, y que tu patria, tus deudos, todo lo abandonarías por unirme conmigo, y por participar de mi suerte por adversa que fuese.

—Dios es sin duda quien me inspiró este pensamiento, madre mía.

—Sí, Ruth, yo descubro en todo esto algun secreto designio de la Providencia; pero para ti deben ser y serán todas las felicidades, y no para mí, desdichada.

—Pues qué, ¿la vista de estos campos no os restituirá la calma y la alegría?

—¡Estos campos! ¡Ah! me recuerdan una dicha que ya no puede existir. En ellos me veo pobre y sin asilo,

en ellos soy ya una estrangera desconocida, pues nadie reconocerá ya á la desventurada Noemi, y si acaso me reconociesen, tal vez les inspirase horror. No me siento con valor para hablar á mis antiguos deudos, ni para implorar su auxilio. En estos campos se marchitará tal vez desconocida, la flor de tu juventud y tu hermosura por haber querido unir tus penas á las mías; y por último, mi querida Ruth, para que sepas de una vez cuanto padezco.....

Al decir estas palabras se levantó como enagenada, atravesó rápidamente un pequeño campo cubierto de cespéped, y llegando al pie de unas solitarias palmeras, dijo con la espresion del mas profundo dolor:

—¡Aquí Ruth, aquí, es donde descansan los huesos de mi madre!

Ruth, que en todo este tiempo no se había separado un momento de Noemi, al escuchar las palabras de esta, al saber los restos que allí estaban depositados, cayó de rodillas sobre la sepultura, y cruzando sus manos sobre el pecho, se puso á hacer oración, mientras que su madre de pie derecho á corta distancia de ella, la contemplaba absorta y silenciosa, pero dando muestras en su semblante de la profunda aflicción de su ánimo. Ruth, después de haber cumplido aquel deber religioso, se levantó; y notando las lágrimas de dolor que corrían por las mejillas pálidas de su madre, la estrechó con ternura entre sus brazos diciendo:

—Si habeis perdido á vuestra madre, aun teneis una hija para que os consuele.

—Sí, contestó Noemi entusiasmada, tú eres mi único consuelo. Por mí has abandonado tu país y tu familia; por seguirme á mí, pobre y desheredada, has abandonado el culto de tus mayores y las comodidades de tu patria. Sí; Ruth, tú eres mi único consuelo hasta la muerte!

Después extendió sus manos sobre la pura frente de Ruth, que se inclinó delante de su madre, y exclamó como inspirada:

—¡Dios de Abraham y de Israel, tú,

Dios mio, en cuya mano están todas las grandezas, todas las riquezas, y las felicidades de la tierra, bendice á esta hija de mi cariño, premia su piedad y el sacrificio que hace por mí, concédele sobre todo esa vida tranquila y feliz

que yo no he podido nunca disfrutar.

Muy pronto empezó Ruth á esperar los saludables efectos de aquellas bendiciones del cielo que su madre invocaba.

F. FERNANDEZ VILLABRILLE.

HISTORIA DE ESPAÑA RECREATIVA.

ESPAÑA GODA.



I.

ATAULFO.—SIGERICO.

A tal extremo llegaron la decadencia y enflaquecimiento del imperio romano, que puede asegurarse, que si subsistió, fué porque sus enemigos le quisieron consentir. Honorio, principe de poco espíritu y en quien era natural la inacción, se curó bien poco del estado amenazante en que los bárbaros se encontraban, cuyas hordas feroces se preparaban á invadir las fértiles provincias del Mediodía. La mayor parte de estos guerreros de la Europa septentrional, no conocían otro género de vida que el de la guerra, y gustosamente se asalariaban en servicio de aquel que los ocupaba; en este concepto habian servido en distintas ocasiones al imperio, y muchas veces con buen éxito y reputacion, por lo que tal vez envanecidos con la memoria de sus servicios pasados, pidieron á los romanos que se les señalasen algunas provincias para su establecimiento. Súplica era esta, que al considerar el modo con que la hacian, mas bien inspiraba la indignacion que la condescendencia. Pero Roma, aquella soberbia capital que conmovió al orbe entero, era á la sazón una república

decrépita y sin aliento, y oyó con aparente bondad lo que en otro tiempo hubiera rechazado con manifiesta y severa destemplanza; por eso en lugar de reprimir el atrevimiento, ocultó cautelosamente el temor bajo la apariencia de una gustosa concesion, y cedió á los bárbaros para que se estableciesen algunas provincias colocadas de la otra parte de los Alpes.

Este acceder de Honorio, que mas parecia miedo y humillacion, que merecida condescendencia, fué un golpe mortal que recibió su ya debilitado poderio, porque animados los orgullosos pretensores con sus nuevas posesiones, y creyéndose capaces de destruir todo género de obstáculos, exigieron con las armas en la mano lo que antes pidieron buenamente. Echaron, pues, una mirada codiciosa hácia las llanuras de Francia meridional y de España, y no hallando grande oposicion en la barrera del Pirineo, la atravesaron, y á manera de torrente inundaron la Península; los suevos venian capitaneados por su rey Hermerico, los alanos gobernados por Atacio, y los vándalos ó silingos acaudillados por Gunderico. Los suevos procedian de las riberas del mar Báltico, los alanos del terreno que media entre los ríos Volga y Don, y los vándalos de Escandinavia.

Esta pobre nacion española, jamás codiciosa, y siempre codiciada de todos, cuando mas próxima se veía á recuperar su primitiva independencia, merced al desaliento é inacción del

imperio romano, experimentó de súbito esta invasión de los bárbaros, que no contentos con el dominio del suelo que pisaban, fueron cometiendo espantosos estragos, ora quemando ó saqueando ciudades, ora talando la tierra y pasando á cuchillo á los habitantes sin distinción de edad ó sexo. Pero esta imprevista desventura fué un principio, por decirlo así, de otra mas calamitosa que inmediatamente sucedió. Se declararon el hambre y la peste, y la Península tuvo nuevos y mas tremendos horrores que lamentar, pues si hemos de dar crédito á los autores antiguos que refieren los acontecimientos de esta época, las fieras, no encontrando con que alimentarse en sus guaridas, salían al encuentro de los hombres, y estos se devoraban los unos á los otros, y aun cuentan que hubo madres que mataron á sus hijos para satisfacer su hambre (1).

Reflexionando acaso los bárbaros, que no era política sensata convertir en un páramo el país donde esperaban asentar su dominio, cesaron, mas por egoísmo que por instinto benéfico, en su comenzada obra de devastación, y en vez de seguir destruyendo, hicieron de nuestra tierra las siguientes reparticiones. Los suevos se establecieron en los reinos de Galicia, de Leon y de Castilla la Vieja; los vándalos en la Bética, y los alanos en la Lusitania y en la provincia de Cartagena.

Ataulfo que á la sazón estaba en Italia, fué mirado por Honorio con recelo particular, pues le inquietaban su residencia allí, y las justas simpatías y predominio que tenia sobre los godos de quienes era rey. Quiso Honorio alejarle de Italia, y creyéndose poco fuerte para habérselas con un competidor de tal naturaleza, recurrió á la astucia, única arma de que podía valerse en semejante ocasion. Con este pensamiento le llamó á su presencia y le dijo:

—Ataulfo; te contemplo dichoso al frente de tus vasallos; te quieren, su-

misos te respetan, y entusiasmados te defienden. Yo deseara que nuestra alianza fuese mas estrecha todavia; con la ayuda de tu poder, mi imperio no experimentaría tanto abatimiento.

—Cerca me tienes, Honorio, respondió Ataulfo, dispon de mis súbditos á tu voluntad, que como siempre sabrán servirte gustosos.

—Tal espero, mas es muy limitado tu reino; yo debo dar mas ensanche á tu dominación... Si, Ataulfo, alejáste de Italia; te cedo las fértiles provincias de la Galia meridional; establece, pues, en Narbona la silla de tu reino..... ¿Vacilas?

—No, respondió Ataulfo, no vacilo; pero ya que te muestras tan generoso cediéndome un país tan dilatado, completa mi dicha.

—¿Pues qué te falta? preguntó con sorpresa el emperador.

—¿Ignoras que amo á tu bella hermana Placidia?

—¿Eres correspondido?

—No te pidiera su mano.

—No puedo entonces negartela pretension; tambien te doy á mi hermana sin la menor violencia, mas ten presente que ya no solo nos ligan la amistad y el reconocimiento, sino el parentesco..... eres mi hermano.

—Como á tal te reconozco, dijo Ataulfo.

—Celebraid vuestras bodas en Italia y marchad sin detencion á Narbona, de cuyo hermoso y delicioso país sereis los exclusivos dominadores.

La posesion de la mano de Placidia y la del nuevo reino que le ofrecian halagaron á tal extremo el ánimo de Ataulfo, que no comprendió que Honorio queria alejarle de Italia, creyéndole mas ofensivo cerca que lejano; cálculo erróneo á nuestro modo de ver, pues es mas fácil vigilar la conducta del presente que la del ausente; pero así se fascinan á veces los hombres que piensan poner remedio á sus desgracias, proporcionando medios de acrecentarlas.

Celebráronse las bodas de Ataulfo y Placidia con grande pompa y solemnidad, y en seguida partieron los esposos para Narbona, donde debian fijar su

(1) Matres quoque necatis vel actis per se natorum suorum sint pastæ corporibus. YDATH CHRONICON.

residencia. A los pocos meses de su establecimiento en la nueva monarquía, se presentaron á Ataúlfo algunos emisarios españoles, á los cuales recibió el godo con aquella afabilidad que le aconsejaba su juicioso sistema de política: los españoles que vieron el ánimo obsequioso y galante del rey, cobraron espíritu, y se lisonjearon con la esperanza de obtener lo que venían á pedir. Uno de los emisarios tomó la palabra en nombre de los que le acompañaban, y dijo lo siguiente:

—Soberano señor, príncipe de sangre goda y protector del oprimido, oye en mi la voz de un pueblo injustamente humillado y ansioso de la reparación de sus males. El intolerante sistema de gobierno de los romanos en España indignó nuestros espíritus amigos de lo justo; pero la horda inculta y feroz de los barbaros que han invadido nuestro suelo, acaba de sumirnos en la desgracia mas espantosa. Deseosos de paz y de poner un fuerte dique á ese torrente destructor que nos quiere mas esclavos que aliados, venimos á decirte que echés una mirada compasiva hacia nuestro pueblo y lances de él á los suevos, á los vándalos y á los alanos, que tan impunemente hollan nuestros legítimos derechos. Rompe tu alianza con Roma, sé nuestro amigo, y ambas naciones serán para siempre felices é independientes.

Ataúlfo escuchó con faz benigna y complaciente la demanda de los españoles, á quienes ofreció expulsar á los barbaros de la Península, pero se abstuvo en declarar que accedería al rompimiento de su alianza con Roma. En vista, pues, de la manifestacion de los españoles, y de las instigaciones de su muger Placidia, se ausentó de Narbona, atravesó los Pirineos, y entró triunfante en Barcelona; desde allí hizo varias expediciones contra los vándalos, y después de algunos choques de vario éxito, y conociendo (pues era tan político como valiente) que sus fuerzas no bastaban para contraerstar á tres naciones guerreras á un tiempo, estrechó mas su alianza con Roma, pidiéndola ayuda, y con ellase apoderó de la España entera. Orgullosos

los godos con la posesion de tan importante conquista desearon emanciparse de la alianza que hasta entonces habian tenido con los romanos; pero Ataúlfo, bien por consideracion al parentesco, bien por que le pareciese imprudente dar á Honorio una prueba de ingratitud no merecida, escuchó con indiferencia las habillitas de sus secuaces que públicamente decían «que era bochornoso que un rey como Ataúlfo permaneciese ligado con Roma, pueblo cobarde, pérfido y afeminado.»

Los principales del reino que vieron la apatia con que el monarca escuchaba sus clamores, determinaron llegar hasta su trono y manifestar resueltamente la natural repugnancia con que toleraban semejante liga. Así lo hicieron; el rey estaba en su trono al lado de la hermosa Placidia, la que viendo con despecho la extrema afabilidad con que su marido reconvenia á tan osados pretendientes, interrumpióle con voz destemplada diciendo á los grandes:

—¿Con qué fueros venis, altos señores, á elevar esa infundada queja ante el régio sôlo de vuestro soberano? ¿Cómo os atreveis á demandar en mi presencia la guerra contra mi hermano? Comprended las dificultades de semejante empresa, preferid el cierto dominio que teneis á la imprudencia de esponeros á perderlo todo por ganar algo mas.

Los nobles, que oyeron tales palabras de la boca de la reina, ocultaron su irritacion, y salieron de allí con aparente calma y dispuestos á tomar venganza del ultrage; pero Ataúlfo que comprendió el grave conflicto á que acababa de esponerle la imprudencia de su esposa, quiso remediar el daño en parte probando entrar en algunas lides de poco empeño con las tropas de su cuñado. Sin embargo, tanta tibieza y lentitud en la conquista cuadraba mal con la imprudencia de los godos, los que despreciando á su rey por el predominio que tenia con su consorte, urdieron una trama contra su vida.

Un enano bufon llamado Dabbia, á cuyo señor, noble godo, habian quitado la vida por mandamiento de Ataúlfo,

pasó á poder de Placidia, y este tal fué ganado por los rebeldes para que diera la muerte á su señor.

Con efecto, un día que el monarca godo presenciaba maniobras de su caballería en el patio de su palacio de Barcelona, montó Dabbia en un caballo, y fingiendo divertir al rey imitando ridículamente las mismas evoluciones que veía ejecutar á los otros, en una de las vueltas que dió disparó una flecha contra Ataulfo que le atravesó de parte á parte. No bien la víctima hubo caído en tierra, cuando se avanzaron á ella los conjurados y cubrieron su cuerpo de profundas heridas. Apode-

ráronse despues de Placidia y la encerraron en una torre; reunióse la muchedumbre en la plaza y se oyó una voz que dijo:

—Sigerico, hombre de guerra, de nación goda, de sangre noble, enemigo de Roma, terror de los vándalos....

¿Le quereis por rey?

—Si, si, gritó la multitud.

Seguidamente aparecieron varios nobles que conducian alcandidato venturoso: cuando llegaron á la mitad de la plaza le alzaron sobre un escudo ó paves, y uno de los nobles dirigió al recién proclamado las siguiente preguntas:



- ¿Te portarás con valor en la guerra?
- Si, y lo juro por mi nobleza, respondió Sigerico.
- ¿Regirás el estado con justicia?
- Si, y lo juro por mi nobleza.
- ¿Harás la guerra á nuestros enemigos con valor?
- Si, y lo juro por mi nobleza.

—Pues bien, continuó el que preguntaba; segun la costumbre de los godos, decreta desde ahí el primer acto de tu soberanía.

—Mando, dijo Sigerico, que den horrorosa muerte á los seis hijos de Ataulfo, y que Placidia, su esposa, sirva de realce á mi paseo triunfal, ca-

minando delante de mí descalza y con una cadena al cuello.

Su primera disposición como soberano fué exactamente ejecutada; ¡bárbaro y cruel preludio de su funesta dominación! Los seis hijos de Ataulfo fueron inmediatamente degollados, y la noble viuda, la desconsolada madre, Placidia en fin, se presentó descalza y llorando, y de este inicuo modo recorrió delante del cruel monarca las calles de Barcelona, en medio de las mas frenética gritería.

—Acuérdate, le dijo el godo que la conducía, la imperiosa manera con que contestastes á la nobleza goda el día que reclamó de tu esposo la enemistad con el afeminado y pérfido imperio de tu hermano Honorio.

—Placidia fué después encerrada y cargada de hierros, cuya suerte sufrió con resignación y valor estremado; no obstante, cuentan que mandó á Roma

confidentes de su entera confianza, para que hiciesen saber á Honorio la triste posición en que se hallaba, y pidiesen la protección que merecía una mujer entre enemigos, viuda, y lamentando la pérdida de sus inocentes hijos.

En otro lugar sabremos cómo el emperador romano hizo por aliviar la suerte de su afligida hermana, y las circunstancias que se reunieron para que pudiese llevar á cabo su proyecto.

Pero el trágico fin que experimentó Sigerico fué clara retribución de su bárbaro y sanguinario dominio, el cual señaló con escenas hartamente horrosas. Descontentos los godos con su gobierno fraguaron otra conjuración, de cuyas resultas perdió también la vida con el trono que manchó de sangre inocente. Justa y equitativa providencia que dictó el cielo contra un malvado, indigno de ceñir la corona.

I. A. BERMEJO.

APUNTES MORALES.

GUILLERMO TELL.

V.

En la ribera oriental del lago de los Cuatro Cantones, están tres personas que contemplan y admiran el lago á la sazón agitado con el ruido de las olas; de vez en cuando se oyen algunos truenos precedidos de grandes relámpagos. Los tres individuos que hemos mencionado son un aldeano, un pescador y un muchacho, hijo de este último.

—No lo creereis, dice el aldeano, pero yo lo he visto con mis propios ojos. Todo ha pasado de la manera que os digo.

—¿Tell prisionero y conducido á

Kussnacht? responde el pescador; el hombre mas honrado de la comarca, el brazo mas firme si se propusiera combatir en defensa de nuestra libertad.

—El mismo gobernador le conduce por el lago; se disponían á embarcarse cuando yo me separé de Fluelen; pero la tormenta que ya se dejaba anunciar y que me ha obligado á abordar aquí, puede haber detenido su partida.

—¡Tell entre cadenas! exclamó el pescador. ¡Tell en poder del gobernador! ¿Creeis que le sepulte en una prision donde no vuelva á ver la luz del día?... Yo lo temo, porque Gessler debe evitar la venganza del hombre libre que tan cruelmente ha tratado.

—Dicen, contestó el aldeano, que el noble señor de Attinghausen está espiando.

—¡Dios mío! exclamó el pescador, la última áncora de nuestra esperanza;

el único hombre que ha tenido valor para alzar la voz en defensa de los derechos del pueblo.

—Adios, dijo el aldeano; la tempestad se aumenta; voy á buscar una guarida en la aldea mas inmediata, pues hoy no se debe pensar en partir.

El aldeano se ausentó á tiempo que la tempestad se acrecentaba, siendo los truenos mas repelidos y los relámpagos mas continuados.

—¡Tell prisionero! decia el pescador, sin reparar que la lluvia se acrecentaba; ¡el baron moribundo! ¡cómo la tiranía levanta su frente! La boca de la verdad ha enmudecido, y el brazo que debia restituirnos la libertad, se halla encadenado!

—La lluvia cae con abundancia, padre mio, exclamó el hijo del pescador. ¿Vamos á permanecer aqui mucho tiempo?

—Que los vientos se desencadenen, respondió el pescador enfurecido, que las nubes se deshagan en agua é inunden la tierra! ¡Perezcan las generaciones venideras, y los elementos nos confundan; que los osos y los lobos salgan de sus retiradas madrigueras y se hagan dueños de la tierra desolada! ¿Quién puede vivir sin libertad?

El niño, que mientras su padre exclamaba del modo dicho, se habia subido en una pequeña eminencia, descendió corriendo, y dijo:

—Padre, escuchad el ruido de las olas, cómo muge el viento, nunca he visto una tempestad semejante.

Pero el pescador, distraido con sus anteriores pensamientos, continuaba:

—¡Tirar á una manzana puesta en la cabeza de su propio hijo! ¿Cuándo se ha dado á un padre semejante orden? ¿Y debemos permanecer impasibles despues de un proceder tan inicuo? ¡Ah! no me causará estrañeza ver á estas rocas caer sobre el lago, ni á estos témpanos de hielo inmóviles desde la creacion, confundirse con su elevada cima, ni que estas montañas se rompan, ni que venga otro diluvio á inundar la habitacion de los vivientes.

A este tiempo se oyeron tocar unas campanas, y el niño dijo á su padre:

—¿Escuchais esas campanas? Sin

duda han visto los vigías alguna embarcacion en peligro y piden socorro.

Y diciendo esto volvió á subir á la eminencia.

Desgraciada navecilla, dijo el pescador, juguete de las encrespadas olas. El piloto es enteramente inútil; la tormenta es la soberana, y el viento y las olas se burlan de los esfuerzos humanos.... En medio del lago no se encuentra un asilo donde poderse refugiar, pues las escarpadas rocas no le ofrecen mas que su ruda superficie.

—Padre mio, exclamó el niño desde la altura, es una canoa que viene de Fluelen.

—Dios ampare á la gente que viene en ella; cuando la tempestad penetra en ese golfo, se agita con la colera de una fiera.

Al decir estas palabras se volvió y subió al parage donde estaba su hijo.

—Padre mio, dijo el niño, es la barca del gobernador de Uri; la he conocido por su color encarnado y su bandera.

—¡Justicia del cielo! gritó el pescador, es el mismo, es el gobernador quien viene en ella, y viene con su crimen.... La poderosa mano del celeste vengador le ha cogido en este momento; ahora está mirando un poder superior al suyo; estas olas no ceden á su voz, estas rocas no se doblegan delante de su sombrero.... Hijo mio, no ruegues, no detengas la mano suprema del soberano juez de los cielos.

—No ruego por el gobernador, padre mio, ruego por Guillermo Tell, que tambien viene en la barca.

—¡Oh furor ciego de la tempestad! Para castigar al culpable, ¿será preciso que confundas la barca con su piloto?

—Mirad, mirad, gritó el niño, han pasado dichosamente el Baggisgrat; pero la violencia de la tempestad los lleva hacia la grande roca de Axenberg.... ya los he perdido de vista.

—Allí está el Hackmesser, don deya se han estrellado muchas barcas.... Y Tell vendrá fuertemente atado: ¡oh desesperacion!

Nuestros dos interlocutores estuvie-

ron gran rato mirando hacia un mismo punto, pero sin distinguir la embarcación, tanto, que ya creyeron que se había sumergido; pero cuando se hallaban mas preocupados en tan tristes reflexiones, vieron venir precipitado á un hombre con su ballesta en la mano, que de trecho en trecho se paraba y miraba atras con estremada agitación. Cuando llegó al pie de la roca donde el pescador y su hijo estaban, postró la rodilla en tierra, alzó sus manos al cielo, y así permaneció mucho tiempo como quien dirige al Supremo una súplica ferviente.

El hijo del pescador dijo en voz baja á su padre:

—¿Quién es ese hombre que acaba de arrodillarse?

—Parece que está fuera de sí, observó el pescador tambien en voz baja.

—El niño se adelantó un poco y gritó despues á su padre:

—¿Que veo? ¡padre, padre, venid, venid y mirad!

El pescador se fué aproximando, y luego gritó tambien.

—¡Dios mio! ¿qué es esto? ¡Cómo! es Tell, si, si, Guillermo Tell. ¿Cómo estáis aquí? Hablad.

—¿No ibais atado en la barca? preguntó el niño.

—¿No iban á conducirnos á Kussnacht? preguntó el pescador.

—Ya estoy libre, dijo Tell poniéndose de pie.

—¡Libre, libre! exclamó el niño. ¡Oh milagro del cielo!

—¿De donde venís? preguntó el pescador.

—De la barca, respondió Tell.

—¿Pero cómo os habeis libertado? ¿Dónde está el gobernador?

—Le dejo á merced de las olas.

—¿Es posible? observó el pescador; pero ¿cómo os encontráis aquí? ¿como habeis podido escaparos?

—La providencia de Dios me ha libertado... Escuchad.

—Hablad, hablad, dijeron á un tiempo el pescador y su hijo.

—Ya sabeis lo que pasó en Altdorf ¿no es verdad? preguntó Tell.

—Lo sé, contestó el pescador: proseguí.

—Ya sabeis cómo el gobernador mandó que me prendiesen y que me ataran para conducirme á la fortaleza de Kussnacht.

—Si, continuó el pescador, y que se embarcó con vos en Fluelen; todo eso hemos sabido, referidnos solamente el modo con que os habeis fugado.

—Yo iba en la barca, prosiguió Tell, atado fuertemente con cuerdas, sin defensa ninguna y resignado á padecer; no esperaba volver á ver la risueña luz del día, ni la hermosa cara de mi esposa ni la de mis hijos... Lancé una mirada de espanto sobre las aguas...

—¡Pobre Guillermo Tell! interrumpió el pescador.

—¡Ibamos en la barca, el gobernador, Rodolfo de Harras, los criados y yo. Mi careax y mi ballesta estaban junto al timon; pero en el momento que llegábamos cerca de la roca de Axenberg, permitió la divina Providencia que se levantase una horrorosa tempestad; desfallece el valor de los remeros y todos creen que van á ser sumergidos. Entonces veo que uno de los criados del gobernador se dirige á él y le dice: «Ya veis, señor, vuestro peligro y el nuestro, la muerte está delante de nosotros, los asustados remeros no saben conducir la barca; pero aquí tenemos á Tell que es hombre vigoroso y que se determina á llevar el timon, ¿qué decís? El solo puede salvarnos.» El gobernador entonces me miró y me dijo: «Tell, si tú crees poder salvarnos de la tormenta, mandaré que te desaten.—Si, monseñor, le dije, con la ayuda de Dios, confío en libertaros de la tempestad.» Me desataron, me colocó en el timon y emprendo la maniobra valerosamente; miro al lado donde estaban mis armas, y busco atentamente en la ribera un sitio donde poder lanzarme... Apercibo una roca cercana y la escojo desde luego para punto de mi salvacion.

—Ya sé cual es, dijo el pescador; la que está situada al pie de Axenberg; pero no creí á fé mia que fuese posible arribar á ella saltando de una barca, porque es muy escarpada.

—Yo grité á los remeros, continuó

Tell, para que maniobrasen vigorosamente, hasta que llegásemos delante de la roca.... Cuando llegamos á este sitio, invoco el socorro de Dios; apoyo con toda mi fuerza la proa de la barca contra la roca, cojo á toda prisa mi ballesta, me lancé de repente en la roca, y dando despues un fuerte empuje á la barca con mi pie derecho, la hago volver al medio de las aguas, donde la dejó entregada á la voluntad de Dios... En cuanto á mi, vedme libre de la violencia de la tempestad y de la maldad de los hombres.

—¡Tell, Tell! exclamó el pescador, el Señor ha hecho salvandoos un milagro visible. ... Apenas mis sentidos pueden concebir.... Pero decidme, ¿dónde pensais ir ahora? Ya no hay parte segura para vos, porque si el gobernador escapa de la furiosa tempestad... Cuando todavía me hallaba atado en la barca, le oí decir que queria desembarcar en Brunnen, y desde allí conducirme á su fortaleza, pasando por Schwitz.

—¿Luego queria proseguir su camino por tierra?

—Esa era su intencion.

—¡Oh! entonces ocultais sin tardanza, pues Dios no os librará tal vez dos veces de sus crueles manos.

—Indicadme el camino mas corto para ir á Arth y á Kussnacht.

—El camino real pasa por Steinen; pero mi hijo, tomando el sendero mas corto y poco conocido, podrá conducir por Lowerz.

Tell, asió de la mano al niño, y prosiguió dirigiéndose al pescador:

—El cielo y los santos os recompensen tan buena accion.... Adios.

Ya se alejaba; pero volvió de pronto y dijo:

—¿Habeis vos tambien prestado juramento en Rutli?... Me parece haber oido pronunciar vuestro nombre.

—Si, allí estuve, respondió el pescador, y he prestado el juramento de alianza.

—Pues bien, observó Tell; hacedme un gran favor; partid á Burglen; mi muger debe estar en una viva ansiedad; decidla que estoy libre por la misericordia de Dios y seguro.

—¿Y donde diré que os habeis retirado?

—Vos encontrareis en su casa á mi suegro y á los demas conjurados de Rutli.... Decidles que tengan valor, que Tell está libre, que puede hacer uso de su brazo, y que muy pronto sabrá alguna cosa mia.

—¿Cual es vuestro designio?... decidmelo francamente.

—Cuando suceda, se hablará de él.

Diciendo esto volvió á coger la mano de su joven guia y partió. El pescador al verle partir, quedó mirando el sitio por donde se ausentaba y despues de un corto silencio exclamó:

—Muéstrale, bien el camino, hijo mio. Dios vaya en su compañía, y concluya bien y con entera felicidad el plan que ha concebido.

Mientras esto pasaba en la ribera oriental de los Cuatro Cantones, en uno de los aposentos del castillo de Attin-ghausen, se hallaban, el baron moribundo en un sillón; Walther Furst, Stauffacher, Melchthal y Baumgarten, le rodeaban, y el hijo de Tell, aparecia arrodillado á los pies del baron apoyando su cabecita sobre los muslos del moribundo.

—No hay esperanza, dijo Walther, este hombre no existe ya.

—Sin embargo repuso Stauffacher, no ha muerto todavia; aun mueve sus lábios y están sonrosados.... Su sueño es tranquilo, y sus facciones apacibles y risueñas.

A este tiempo se sintió ruido de pasos precipitados, y Baumgarten acudió á la puerta.

—¿Quién es? preguntó Walther.

—Vuestra hija que viene á hablaros y á ver á su hijo.

El niño se levantó y salió al encuentro de su madre, y esta entró con la mayor desolacion y exclamando.

—¿Adonde está mi hijo?... yo quiero verle.

—Volved en vos; dijo Stauffacher, pensad que estais en la casa de un muerto.

Pero Hedwiga sin escuchar nada, se precipitó en los brazos de su hijo.

—¡Oh! hijo de mis entrañas; vives para mí.

—¡Pobre madre mía! dijo el niño enternecido.

—¿No estas herido? preguntó Hedwiga mirándole con ansiedad; ¿no te hirió la flecha? ¿No llegó a tu corazón?.. Pero tu padre no le tiene, ¡disparar una flecha contra su propio hijo!

—En medio de un dolor que le destrozaba el alma, interrumpió Walther; le iba en ello la vida.

—Si hubiese tenido corazón de padre, repuso Hedwiga, antes de resolverse a semejante acción, se hubiera dado la muerte.

—Vos debierais, dijo Stauffacher, alabar a la Providencia que tan bien ha conducido su brazo.

—¿Quereis que olvide lo que hubiera podido suceder? ¡Dios del cielo! Toda mi vida estaré viendo a mi hijo al pie del árbol, y a su padre disparándole la flecha.

—La suerte de vuestro marido, dijo Baumgarten, ¿no es bastante cruel? ¿A qué reconvenir su conducta? ¿Por qué no compadeceis sus sufrimientos?

Hedwiga miró entonces fijamente a Baumgarten y le dijo:

—No teneis mas que lágrimas para vuestro amigo.... ¿Dónde estabais cuando le aprisionaron? ¿Qué socorro le habeis prestado? Os indignais de la violencia, pero no la evitais. No es así como Tell se portó con vos. No con vanas lágrimas os ha manifestado su compasión, sino que se ha lanzado en la cañoa para atravesar el lago enfurecido, olvidando a su muger y a sus hijos, a fin de salvarlos.

A este tiempo se volvió, y al ver a su padre se arrojó en sus brazos exclamando:

—¡Oh, padre mío!... Tú tambien le has perdido.... no habrá un alma que le consuele en las profundidades de su calabozo! Si se llegase a poner enfermo!... En medio de aquella tenebrosa oscuridad.... él que no puede vivir sino a la luz del sol, él tan amante de su libertad!

—Calmaos, dijo Stauffacher, todos

trabajaremos para devolverle su libertad.

—¿Qué podeis hacer sin él? repuso la desconsolada esposa, mientras Tell ha estado libre se podía tener alguna esperanza; la inocencia tenia un amigo, el oprimido un defensor.... Solo Tell os hubiera dado la libertad, y vosotros todos reunidos no podreis romper sus cadenas.

El baron comenzó a volver en si; los presentes se impusieron mutuamente silencio y el baron de Attinghausen dijo algunas palabras: se acordaba de su sobrino y decia.

—¿Dónde está?... me abandona en mi último momento.

—Consolaos, le dijo Walther Furst, ya Rudenz es nuestro; le hemos visto hablar en favor de su patria.

—¿No me engañais? preguntó el anciano. ¿Por qué no viene a recibir mi última bendición? Yo siento que mi fin se aproxima.... ¿Quién es este niño? prosiguió mirando al hijo de Tell.

—Benedicid, monseñor, contestó Walther Furst, es mi nieto que ya no tiene padre.

—Hijo mío, prosiguió el anciano llorando, te dejo sin padre.... Desgraciado de mí.... En mis últimos instantes he visto la ruina de mi patria.... ¿Y he llegado a esta edad tan avanzada para fenecer con mis esperanzas?

—Pronto seremos libres, exclamó Melchtal; se ha celebrado una alianza para derrocar al tirano.

—¡Oh! dijo Attinghausen conmovido. ¿Está ya jurada la alianza? ¿y los nobles han tomado parte en ella?

—Hasta ahora solo la plebe ha prestado el juramento, dijo Walther Furst.

Attinghausen se levantó con lentitud y lleno de una agradable sorpresa exclamando:

—¿La plebe? ¿ella se determina a conquistar su libertad sin el auxilio de la nobleza? Ya bajo tranquilo al sepulcro.

Al decir estas palabras cayó de repente sobre el sillón, levantó sus manos inanimadas al cielo y quedó presa de un temblor convulsivo; todos se miraron en silencio, y al cabo de algun tiempo se fueron separando con el

mas grande dolor. Attinghausen habia muerto. Entraron poco despues los criados del baron y se arrodillaron llorando. Un cuarto de hora habria trascurrido, cuando entró Rudenz precipitadamente y diciendo:

—¿Vive todavia?... Decídmelo: ¿podrá todavia escucharme?

—Este castillo, dijo Walther Furst, pertenece á otro dueño.

—¡Dios mio! exclamó Rudenz acercándose al cadáver de su tio; mi arrepentimiento ha llegado demasiado tarde. Que no haya podido vivir algun tiempo mas para ver el cambio de mi corazon.... amigos míos, os prometo mi apoyo y debo invocar el vuestro. Sabed que han aprisionado á la mujer que amo... No me abandoneis, ayudadme á salvarla; ella os quiere y

se hace digna de nuestra proteccion; es preciso defenderla.

—¿Qué pensais hacer? preguntó Walther Furst.

—Ni lo sé, repuso Rudenz, pero quiero que penetremos en su calabozo.

—Conducidnos, dijo Melchtal; nosotros os seguiremos.

—Pues bien, dijo Rudenz, estad preparados, esperad la señal de fuego que ha de brillar en las montañas y que anunciará nuestra victoria. Cuando apercibais las llamas, lanzaos sobre el enemigo como el rayo y destruid el edificio de la tiranía.

Todos se ausentaron, y el cadáver del baron quedó solo con sus criados, Hedwig y su hijo.

(Se continuará.)



LA CATEDRA EN EL CAMPO,

Ó SOLACES DE UNA FAMILIA PROSCRIPTA.

V.

NOCIONES ASTRONOMICAS.

Un repentino ruido de campanillas y la rotacion de un carruage, despertó al amanecer del siguiente día á los pacíficos moradores de la solitaria quinta; mas curiosos los niños que el resto de la familia, fueron los primeros en levantarse para saber cual era el objeto de tan extraño ruido. Con efecto, se asomaron á una de las ventanas de la quinta y vieron un coche de camino y un mayoral.

—Cuanto lo siento, dijo Carolina dando un suspiro.

—¿Por qué dices eso? preguntó Ramon.

—Lo digo, porque ayer tarde, antes que nos sentásemos á la mesa, oí decir á don Raimundo que hoy sin falta llegaría un coche para conducirlo á su casa; y di-o que lo siento, porque esperaba que nos refiriese alguna otra historia, tan entretenida como la que nos ha contado.

No carecian de fundamento las presunciones de Carolina, porque á los pocos instantes se advertia en la morada del proscrito toda la animacion que es consiguiente á la partida de un viagero. Don Raimundo se ausentaba, pero no sin dar las mas espresivas gracias á una familia que le habia proporcionado tan grata hospitalidad. Antes de entrar en el coche abrazó á los pequeñuelos ofreciéndoles hacerles de vez en cuando alguna visita, y remitir desde su casa algunos apuntes re-

lativos á sus viages para su instruccion y deleite. Y por último, despues que ofreció su casa y su persona á don Casimiro y su esposa, entró en el carruage, sonó el chasquido del látigo y los caballos partieron con velocidad.

Don Casimiro que conoció la profunda tristeza de sus dos hijos, procuró distraerlos, para cuyo efecto les dijo que le siguieran, pues tenia intenciones, antes de proceder al desayuno, de dar un largo paseo por aquellas cercanías, y así lo hicieron. La mañana se presentaba con todos sus risueños y poéticos atractivos; el sol comenzaba á salir, las flores lucian con todo su verdor y lozanía, y el animado canto de los pájaros contribuía á hacer mas ameno y deleitoso el paseo, convidando sobre todo á la mas respetuosa meditacion. Carolina sostenia con su padre el lenguaje mas animado y festivo; pero Ramon enmudecia, miraba al cielo, se paraba á cada instante, y volvía á proseguir su camino con el mismo silencio. Su padre, que le iba observando, no pudo menos que preguntarle.

—¿En qué vas pensando, hijo mio?

—Voy á decirlo, padre mio, respondió Ramon. Te he oido decir en otras ocasiones, que la tierra es redonda; no lo dudo; tus razones, ó mas bien dicho tus demostraciones, me han convencido sobre este punto, pero no comprendo cómo esa enorme bola puede sostenerse sola en el aire.

—La objecion es algo grave, amigo mio, contestó don Casimiro, sentándose al pie de un árbol. Sentáos á mi lado, ya que ha querido Ramon que hablemos algo respecto á astronomia:

la cátedra no puede haberse situado en mejor sitio. Pues señor, repito, que tu objecion es algo grave, y es una de las dificultades que por lo comun detiene á todos los que emprenden estudiar los resortes, las combinaciones y el órden del universo; y en mas de una ocasion, los mas instruidos en esta ciencia, se ven muy atollados cuando les viene á la imaginacion tu mismo pensamiento; sin embargo, eso no impide que yo conteste á tu pregunta de una manera victoriosa, es decir, que yo pueda desvanecer esa dificultad.

Dispénsame, papá, esta pregunta y nada mas, interrumpió Ramon. ¿Los hombres habitan en la tierra propiamente dicha, y sobre la misma superficie?

—Sí, respondió don Casimiro.

—Entonces, prosiguió Ramon, hay gentes y pueblos encima y debajo de nosotros.

—¿Quién lo duda? eso es á lo que llamamos nuestros antipodas.

—¿Y cómo esa pobre gente puede sostenerse, suspendidos en la tierra, con los pies hácia arriba y la cabeza hácia abajo.

—Pregunta dificultosa y no menos grave que la primera. No obstante, todo esto desaparecerá, si desvaneciera delante de la infalibilidad de las pruebas que voy á demostrar. Empiezo por la primera pregunta, porque necesita explicaciones muy complicadas, y por que facilita, simplifica singularmente la solucion de la segunda.—Un cuerpo, cualquiera que sea, no puede ponerse en movimiento por si solo, es preciso, al contrario, que sea determinado por una atraccion ó un impulso, ó generalmente por una fuerza cualquiera. Así, pues, en virtud de esta inercia, que es uno de los caracteres esenciales de la materia; esta naranja que yo tengo en mi mano, deberia permanecer inmóvil, es decir, suspendida en el aire, en el momento que mi mano dejara de sostenerla; y sin embargo, no es así; la naranja caeria.

—Seguramente, respondieron los dos oyentes.

—¿Y por qué caeria? preguntó don Casimiro.

—Por causa de su peso, respondió Ramon.

—Pues bien; ¿de dónde proviene este peso? Guardais silencio, ¿no es verdad? entonces voy á explicarlo. El peso es únicamente el efecto de la atraccion que ejerce la tierra sobre todos los cuerpos. Si, amigos míos, no olvidemos este fenómeno: la tierra atrae todos los cuerpos, y he aquí por qué todos los cuerpos son pesados, y por qué esta naranja, una vez abandonada, no quedaria en el aire, sino que al punto caeria; esto es, se dirigiria hácia el centro de la tierra, hasta que algun otro cuerpo ó la superficie misma de la tierra detuviese su movimiento. Pero supongamos por un momento que esta atraccion cesase, ¿qué sucederia segun lo que acabamos de decir acerca de este fenómeno de la atraccion?

—Sucederia, respondió Ramon, que no existiendo el peso, los cuerpos no tendrian ninguna tendencia á caer. Conservarian su inmovilidad en cualquier sitio donde se les colocase, sin sosten ni apoyo, en una palabra, seria imposible que se pudieran mover hácia el centro de la tierra, ó á cualquiera otra direccion.

—Perfectamente, dijo don Casimiro; la atraccion, esta fuerza, es uno de los mas admirables resortes de la naturaleza, una de sus leyes mas fecundas; así, esforcémonos en conocerla bien, en si misma y en sus efectos.—La fuerza atractiva no reside en el centro de la tierra; esta fuerza está repartida entre todas las moléculas de materia que componen, no solamente nuestro globo, sino tambien todos los demas cuerpos. Sí, hijos míos, reten-gamos bien esto, porque su importancia es inmensa, y por eso lo repito: todos los cuerpos comprendidos en la tierra, no están compuestos mas que de moléculas de materia; debo igualmente haceros observar en seguida, que no es preciso regular el número de moléculas sobre el mayor ó menor volumen ó grosor de un cuerpo, pues seria esponernos á graves errores; las molé-

culas pueden estar en un cuerpo mas adelantadas que en otros, y asi resulta, y hasta con bastante frecuencia, esta diferencia, que un cuerpo que tiene mucho mas volumen que otro, que es mas grueso, que ocupa mas espacio, tiene mucha menos masa que aquel, es decir, contiene realmente mucha menos materia.

—Ya eso está comprendido, dijo Ramon, continuemos.

—Supongamos, prosiguió don Casimiro, que esta naranja encierra diez mil moléculas de materia, y que esta paja que cojo del suelo encierra solamente mil; pues cada una de las mil moléculas de la naranja, atrae las mil moléculas de la paja, de tal suerte, que cada molécula de la paja se verá sometida á diez mil atracciones: por su parte, las mil moléculas de la paja obrarán del mismo modo sobre las diez mil moléculas de la naranja; y por último, se concibe fácilmente que la naranja egercerá sobre la paja una atraccion diez veces mas poderosa que la que la paja ejerza sobre la naranja, de modo que en virtud de esta ley, un cuerpo cuya masa sea doble, triple, etc., de la de otro, egerce una atraccion doble, triple, etc., y esto es lo que los sábios quieren espresar cuando dicen que *los cuerpos se atraen en razon directa de las masas*.

—Segun eso, interrumpió Ramon, la naranja y la paja deberian precipitarse la una hácia la otra, como lo hace un pedazo de acero hácia un iman.

—Despacio, hijo mio, contestó don Casimiro. La tierra se opone á ello; pues segun lo que acabo de decir, ella tambien tiene su atraccion. ¿Qué son esta naranja y esta paja comparada con la enorme masa de la tierra? La atraccion reciproca de estos dos cuerpos debe ser absolutamente nula en comparacion de la que la tierra egerce sobre ellos, y la tendencia de estos dos cuerpos el uno hácia el otro se encuentra absolutamente inhabilitada por la tendencia incomparablemente mas grande que los conduce hácia la tierra. —En cuanto á la atraccion que existe entre el iman y el acero, y

de la cual Ramon acaba de hablarme, y es otra cosa distinta, tiene otra causa esencialmente diferente de la atraccion universal, y es mucho mas enérgica. —Sin embargo, debemos hacer observar lo que concierne á los demas cuerpos terrestres, que por una escepcion, segun su atraccion reciproca, permanece siempre insensible por efecto de la accion del globo; y me apresuro á indicar esta escepcion porque es curiosa, y en segundo lugar porque viene en apoyo de la ley acerca de la atraccion que nos ocupa..... La demostraré. —¿Sabeis lo que es una plomada, de la cual se sirven los albañiles para reconocer si una pared está perfectamente vertical?

—Sí, respondió Ramon, es un instrumento que consiste simplemente en una pesa de plomo ú otro metal atada á una de las estremidades de un cordelito.

—Efectivamente, dijo don Casimiro, pues cuando se tiene asida la cuerda por el extremo opuesto y se deja caer la pesa, la cuerda se tiende por el efecto de la pesantez del plomo y determina una linea recta, cuya prolongacion pasaria por el centro de la tierra. Pero si el experimento se hace al pie de una elevada montaña, la atraccion que la masa egercerá sobre el corto peso, aunque infinitamente menos enérgico que el que egerce toda la tierra, bastará sin embargo para hacer desviar un poco la plomada, que no dirigiéndose ya exactamente hácia el centro de la tierra, no indica tampoco la linea vertical, sino una linea ligeramente oblicua. —Ahora, mis queridos compañeros, puesto que acabamos de estudiar la atraccion que existe sobre nuestro globo, y la influencia que ella egerce sobre los cuerpos colocados en su superficie, me resta decirlos que esta misma atraccion es el gran resorte que hace mover la admirable máquina del universo, y que existe igualmente entre todos los cuerpos esparcidos en el espacio; asi la tierra, la luna, el sol y todos los demas astros, se atraen reciprocamente.

—Entonces, interrumpió Carolina poniéndose encarnada, todos los astros

deberían reunirse y no formar mas que una masa.

Don Casimiro la dió un beso en la frente porque habia comprendido su rubor, y continuó:

—Tal sucedería, con efecto, si la naturaleza no hubiese establecido para contrabalancear la atraccion otro resorte que produjese con la misma atraccion todo el equilibrio del universo.

—¿Y cuál es ese resorte? preguntó Carolina mas animada.

—No puedo hablar de él todavía, segun lo que aun tengo que deciros respecto á la atraccion.

—Pues en ese caso, continua, padre mio, dijo Ramon frotandose las manos y acercandose mas á su amable preceptor.

Don Casimiro prosiguió.

—Ahora que sabeis que la atraccion se acrecienta en proporcion de la masa de los cuerpos, ó mejor dicho, que *los cuerpos se atraen en razon directa de las masas*, es preciso tambien que sepais que la atraccion disminuye mucho mas rápidamente cuando aumenta la distancia; de modo, que un cuerpo doble, triple de otro, egerce una atraccion doble, triple de la que egerce el mas pequeño; pero que un cuerpo colocado primero en el espacio de un pie de otro, sea despues colocado en el espacio de dos pies; la atraccion que egerce rá no será ya mas que una cuarta parte de la que antes egercia; que se coloque en el espacio de tres pies, y la atraccion se reducirá á la novena parte de la que primeramente egercia. En general, para calcular la disminucion que la atraccion experimenta á medida que la distancia aumenta, es preciso multiplicarla por ella misma, ó elevar al cuadrado ó á la segunda potencia el número que representa la distancia: en esto, pues, reside la segunda ley de la atraccion espresada por medio de estas palabras: *la atraccion está en razon inversa del cuadrado de las distancias*. De manera, que reuniendo estas dos leyes tenemos para representar la doble accion de esta fuerza la siguiente base: *la atraccion obra en razon diversa de las masas, y en razon inversa del cua-*

drado de las distancias.—La accion de la atraccion disminuye de una manera tan pronta como rápida, á medida que la distancia aumenta; se comprende a poco trabajo, que pueden existir cuerpos bastantes lejanos los unos de los otros para que la fuerza atractiva que le es propia, no tenga ninguna especie de energia y pueda ser considerada como habitualmente nula. Tal es la posicion de las estrellas con relacion al sol y la tierra, pues me parece que en otra ocasion os he dicho lo que la ciencia ha podido conjeturar respecto á su alejamiento. Asi, estos tres astros no pueden, ni ser atraidos por el sol ó por la tierra, ni atraerlo ellos mismos, y como un grande número de estos astros están separados los unos de los otros por distancias no menos prodigiosas que las que los separan de nosotros, se encuentran en un aislamiento tal, que ninguna atraccion puede obrar sobre ellos, ni sacarlos de su inmovilidad: están sometidos á la ley de la inercia, de la materia de que hemos hablado ahora, y en virtud de la cual un cuerpo debe permanecer inmóvil en el lugar en que se encuentra, hasta que una fuerza cualquiera no le ponga en movimiento; y como la atraccion que arranca esta inercia á todos los cuerpos que nos rodean, no puede obrar sobre las estrellas á causa de su aislamiento en los inmensos desiertos del espacio, nadie puede separarlos de su eternal reposo.

Basta lo dicho por ahora sobre esta materia, amigos míos; vuestra atencion debe haberse fatigado; ademas, que es conveniente que reflexioneis durante algun tiempo acerca de lo que acabais de escuchar. Ahora voy á referirme á la pregunta de Ramon respecto á la posicion de nuestros antípodas, por los cuales se interesa tan vivamente, y que siente con toda su alma verlos con los pies hácia arriba y la cabeza para abajo.

Si yo os preguntase lo que es lo alto y lo bajo, esta pregunta os parecería muy sencilla, y sin embargo os veriais con alguna dificultad para responderme. Es evidente que la misma pregunta hecha en este momento á cien

mil personas colocadas en otros tantos diferentes de la tierra, daría lugar á cien mil respuestas distintas; pues lo alto para nosotros, es el punto del cielo que corresponde á nuestra cabeza, es decir á nuestro *zenith*, y lo bajo es el punto opuesto, aquel que corresponde á nuestros pies, dicho de otra manera, á nuestro *nadir*. Pues bien, el *zenith* y el *nadir* varían para todos los hombres, para todos los puntos de la tierra. Entre todas las estrellas que brillan en el cielo, no hay una que indique el *zenith* de algun punto de la tierra, y el *nadir* del punto opuesto. Así, habrá allí, ó podrá haber allí gentes, que esta noche, para indicar lo que para ellos es lo alto, señalarán á las estrellas que á la misma hora veremos nosotros casi al horizonte, y que ellas verán directamente encima de sus cabezas.

En fin, las gentes que se hallan á 4,500 leguas de nosotros, es decir, en nuestros antipodas, darian á la pregunta que nos ocupa una respuesta exactamente opuesta á la vuestra. Llamarían lo alto, á lo que vosotros llamais bajo, y bajo á lo que vosotros llamais alto. De modo, que lo alto y lo bajo, ó en otros términos, el *zenith* y el *nadir*, lejos de ser puntos fijos ó invariables, cambian incesantemente; son puntos que marchan con nosotros, que nos siguen, de cierta manera, cada uno de nuestros movimientos, y que dependen de cada uno de nosotros, de nuestra disposicion sobre la tierra. En una palabra, en cualquier parte del globo donde estemos, lo bajo está para nosotros en la direccion del centro de la tierra, y lo alto en la direccion opuesta.—Aun cuando estas esplicaciones no tienen contestacion, quiero ir mas lejos todavía, á fin de satisfaceros de una mane-

ra cumplida.—En primer lugar, si os parece que los hombres situados en la parte opuesta del globo deberian caer, yo os diré: ¿qué hace un cuerpo cuando cae? Dirigirse hácia la tierra en virtud de su pesantez, esto es, en virtud de la ley atractiva que hemos explicado antes. Es, pues, imposible que los hombres situados en la otra parte del globo se separen de la tierra, pues este movimiento no seria una caída sino una ascension. Convenid, amigos míos, en que estos hombres no pueden separarse del globo, como nosotros tampoco podemos hacerlo para lanzarnos hácia las nubes: convenid tambien que de cualquier lado y sobre cualquier punto del globo que se hallen los hombres, teniendo siempre sus pies en la direccion de la pesantez, están en una posicion perfectamente natural.... Y con esto creo haberos dicho lo suficiente para satisfaceros de una manera cumplida; temo, sin embargo, injuriar vuestra clara inteligencia si insistis mas sobre un punto, á mi parecer bastante esclarecido.

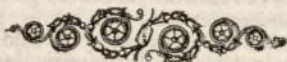
—No preguntaré mas, dijo Ramon... ¿Lo has comprendido tú tambien, Carolina? prosiguió dirigiéndose á su hermana.

—Si, respondió Carolina, he permanecido mas silenciosa que tú; pero he duplicado mi atencion y nada he dejado de comprender.

—Muy bien, interrumpió don Casimiro poniéndose de pie.... ahora vámonos á nuestra morada, saludemos á vuestra buena madre, y preparémonos para el desayuno.

Con efecto, los niños se cogieron del brazo, y marcharon precedidos de su amable papá con direccion á la quinta.

(Se continuará.)



MUGERES CELEBRES.

JUANA GRAY.

La Torre de Lóndres, ese sombrío y sangriento teatro de las reales catástrofes de Inglaterra, no ha presenciado ninguna mas dolorosa que la ejecucion de Juana Gray. Señalada con el terrible sello de la fatalidad como los personajes de la antigua tragedia, dotada de gracias y de talento, y de las virtudes mas recomendables, sufrió un destino cruel sin haberle merecido, y sin que nada en el mundo pareciese haberla podido sustraer de su infortunio. Pagó con su vida la desgracia de ser descendiente de reyes, y fué una triste victima de las tramas que se urdian por el interés de una ambicion á la cual era ella enteramente inaccesible; fué llevada al mas terrible fin, por todos aquellos á quienes mas queria, y especialmente por su suegro, el duque de Northumberland, que quiso reinar á la sombra de su nombre.

Este insolente favorito del débil Eduardo VI, era el mas poderoso, y merced á su rapacidad, el mas rico señor de Inglaterra; pero no ignoraba cuan precaria era su fortuna, previendo el próximo fin de Eduardo, y mirando la enemistad de Maria Tudor heredera presuntiva del trono. Tan luego como quedase á merced de sus enemigos, tenia el temor de espisar sus crímenes en un patíbulo, ó por lo menos de verse obligado á resignar sus cargos y renunciar á sus riquezas, y resolvió conjurar este peligro multiplicando el número de sus criaturas y aumentando los recursos de sus partidarios, ligando su causa á la

de las primeras familias por medio de alianzas, y sobre todo, por el casamiento de su cuarto hijo, Guilfordo Dudley, con Juana Gray, nieta de Maria la hermana de Enrique VIII, obteniendo en fin de un rey moribundo un testamento que cambiase el orden de sucesion al trono. Los legítimos herederos de Eduardo eran Maria é Isabel, hermanas suyas, y por eso le presentó el acta del parlamento que reprobaba la dinastia de sus dos hermanas Maria é Isabel, haciéndole entrever el restablecimiento del papismo bajo el reinado de Maria, y le aconsejó separarla del trono lo mismo que á Isabel.

Eduardo accedió á este plan del duque de Northumberland, quien empleando, ora el artificio, ora la amenaza, llevó á cabo su proyecto, y Juana Gray fué destinada á ceñir la corona.

Poco tiempo despues, es decir, el 6 de julio de 1553, falleció Eduardo, y por espacio de algunos dias, se ocultó esta nueva para preparar mejor el advenimiento de Juana: esta contaba solo diez y seis años, y ocupada en cultivar su entendimiento, entregada al estudio de la escritura y de los libros clásicos, no sabia nada acerca de los proyectos de Northumberland en favor suyo, ni las intrigas, por medio de las cuales habia abusado de la sencillez de Eduardo. Prefiriendo á todo el encanto de la vida privada, se habia retirado á la soledad en Chelsea en compañía de otra jóven amiga cuando recibió el 9 de julio, una orden del consejo para que inmediatamente se presentase en Lóndres y esperase allí las disposiciones del rey. Juana obedeció, y al dia siguiente de su llegada recibió la visita de Northum-

berland y de muchos lores, quienes despues que la instruyeron de las disposiciones testamentarias del rey, doblaron la rodilla y la reconocieron por su soberana, y juraron estar dispuestos á defender sus derechos á costa de su sangre. Una comunicacion tan importante y tan súbita, no podia menos que producir una estrema agitacion en el ánimo de una jóven naturalmente tímida y de una salud muy delicada. El dolor que le causó la muerte de su real primo, la sorpresa, el sentimiento de abandonar una situacion en la que se contemplaba tan dichosa, todo, en fin, le hizo experimentar una emocion profunda: tembló, lanzó gritos de terror y ultimamente cayó desmayada.

Cuando hubo vuelto en sí, quiso resistirse compadeciendo la suerte de Maria, pero la insistencia de los que se le habian presentado, no la dejó que se hiciese dueña de sí para seguir sus propias inspiraciones.

Al dia siguiente fué conducida la nueva reina á la Torre de Lóndres, donde era á la sazón costumbre que residiesen los reyes de Inglaterra durante los preparativos de su coronacion. Aquella misma noche proclamaron los heraldos la muerte de Eduardo y el advenimiento de Juana, y el pueblo que no ignoraba los derechos de Maria y que conocia la ambicion artificiosa de Northumberland, escuchó esta proclamacion con un silencio de siniestro augurio; y en efecto, Maria adquiria por instantes numerosos defensores, al paso que los de Northumberland iban disminuyendo. Este procuró, pero sin éxito, salir con tropas para batir á sus adversarios; pero su partido en Lóndres y fuera de Lóndres se redujo bien pronto á nada, y Maria vino al fin á ser la poseedora del trono.

El reinado de Juana Gray, si así puede llamarse á su retiro en una prision, duró tan solo nueve dias, que fueron nueve dias de angustias y dolores; pero con todo, no habia aun presenciado las desgracias que atraeria sobre sí y sobre toda su familia la ambicion loca y desordenada de Northum-

berland; este fué la primera, pero no la mas sensible victima. Preso como culpable de alta traicion, le juzgaron despues y le condenaron á muerte, la que fué acto continuo ejecutada, como tambien la de dos de sus cómplices.

En cuanto á la infortunada Juana Gray, Maria tuvo el escrúpulo de manchar el principio de su reinado, haciendo espiar á su rival por medio del patibulo la locura de haber sido el juguete ó el instrumento pasivo de los proyectos de su suegro; de modo que la dejaron en la Torre de Lóndres en calidad de prisionera.

Pero estaba escrito en el libro de su destino, que llegaria á ser una victima que respondiese de las culpas de los demas. Las severidades de la reina, su intolerancia, su designio por establecer la religion romana, su casamiento proyectado con el rey de España, que heria el orgullo nacional, todas estas causas aumentaron el descontento, y como en épocas anteriores se urdieron infinitas conspiraciones contra ella.

Hubo una, en la cual se hallaba complicado el duque de Suffolk, abuelo de Juana Gray, y llegó á tener el suficiente buen éxito en un principio para que su gefe, sir Thomas Wyat, lograse penetrar á la cabeza de sus fuerzas en lo interior de Lóndres; pero sin embargo, fué hecho prisionero, y segun costumbre, la reina escuchó aquellos funestos consejos que ponen á los principes en el deber de usar del rigor naturalmente cruel y vindicativo. No obstante, Maria no se mostraba inclinada á seguirlos, pero tanto pudieron las instigaciones de su primer consejero, que á pesar de su llanto y de haber estado largo tiempo titubeando con la pluma en la mano, firmó la fatal sentencia de muerte de Guilfort Dudley y la de su esposa Juana Gray, ambos completamente estraños á las tentativas de Wyat.

Ni la inocencia de Juana, ni su juventud, ni sus nobles y escelentes cualidades pudieron hacer nada en favor de su causa, y debió por último resignarse á morir á pesar de hallarse inocente.

Aun cuando no teníamos que diez y siete años, yase habia grangeado cierta celebridad por el conocimiento de las lenguas antiguas y modernas; se han publicado cartas suyas escritas en latín y en griego, que suponen facultades, y sobre todo una superioridad de razon, y una elevacion de caracter



lien raras para su corta edad, toda su existencia estaba llena de dulzura, de dignidad, de piedad. Fueron necesarios los esfuerzos de sus padres y los ruegos de su esposo, á quien amaba tiernamente, y el imperio que sobre ella ejercia el duque de Northumber-

land, para que consientiera en ser reina, pues en una edad tierna y llena de ilusiones, el brillo de la corona no pudo deslumbrarla; y si bien es verdad que desde que tomó asiento en el trono á solicitud de toda su familia, perdió su natural firmeza, tambien es cierto que

la volvió á encontrar cuando se halló en frente de la muerte.

Jamás se vió una resignacion mas animosa, ni una cristiandad mas verdadera: hubiera podido rescatar su vida cambiando de religion, pero perseveró en sus creencias á pesar de los esfuerzos de tres sacerdotes que la reina le envió para disuadirla. Escribió una carta en griego á su hermana, exortándola á la constancia en todas las situaciones de su vida, y cuando llegó el terrible día (12 de febrero de 1534) lord Guilford, su esposo, dijo que queria verla; pero Juana se opuso á semejante entrevista temiendo el cruel tormento de esta solemne despedida, y solamente dijo:

—Dentro de algunas horas nos veremos juntos en el cielo.

Sin embargo, desde una de las ventanas de su prision le dió señales de su mas vivo afecto, mientras que le conducian al suplicio.

Algunos momentos despues, contempló el cadaver de su marido cuando le traian á la capilla, y habiendo sabido que habia muerto con valor, el suyo se reanimó y este siniestro espectáculo fué menos terrible para ella.

Sea que Maria hubiese temido la emocion de la multitud al aspecto de esta jóven tan interesante, inmolada por el hacha del verdugo, sea que se la quisiese separar de la ignominia de un suplicio publico, el cadalso se levantó dentro de la misma Torre y Juana Gray, inocente y bella, subió al patibulo con paso sereno y firme; dirigió en seguida á los espectadores el discurso mas sencillo y sentimental, no imputando su desgracia á nadie, sino acusándose á si propia y asegurando que su crimen consistia en no haber rehusado la corona con la suficiente energia, y que queria probar con la resignacion de la sentencia, el deseo sincero de espiar una falta que un exceso de piedad filial le habia hecho cometer; que la historia de su vida serviria para demostrar que la pureza de las intenciones no justifican de ningun modo los crímenes del hecho, sobre todo, cuando estos crímenes

tienden de alguna manera á dañar el bien publico.

La inocente victima manifestó la esperanza de verse salvada por la intercesion de Jesucristo, y recitó un salmo; despues mandó á sus camaristas que la desnudaran, y prestó su cabeza al verdugo, que antes habia arrodillado en su presencia pidiéndole un perdon que ella le concedió con toda su alma y con todo su corazon.

Pocos instantes despues, Juana Gray ya no existia.

PENSAMIENTO. El pensamiento de todo consuela, y todo lo remedia. Si te causare algun perjuicio, pidele el remedio del mal que te haya hecho y te le dará al instante.

Chamfort.

El hombre no es mas que una débil caña de la naturaleza; pero caña que piensa. Para destruirle no es menester que el universo se conjure contra él; pero aunque el universo le destruyera seria mucho mas noble que quien le estermina, porque sabe que muere, y el universo ignora la ventaja que tiene sobre él. De consiguiente toda nuestra dignidad estriba en el pensamiento. Ocupémonos en pensar bien: este es el principio de la moral.

Pascal.

PUEBLO. Existe un pueblo contrario á los grandes; que es el populacho y la muchedumbre: existe un pueblo contrario á los sabios, á los industriosos, y á los virtuosos; que son los grandes y los pequeños.

La Bruyere.

PIEDAD FILIAL. El que honra á su padre hallará sus delicias en sus hijos.

Eclesiastes.

PESAR. Si los pesares nos alcanzan tan pronto es porque nos adelantamos hacia ellos.

Lecis.

ESTUDIOS RECREATIVOS.

LAS ANCORAS DE MISERICORDIA.

I.

Emilio Garcés estaba de pie a cierta distancia de la puerta de su aposento con los brazos cruzados y mirando con despecho cuanto le rodeaba; antes de abandonar la habitación que hasta entonces habia disfrutado, contemplaba por última vez todas aquellas apariencias de lujo y elegancia á las cuales tenia que renunciar, porque nada de cuanto miraba le pertenecía ya, todo tenia que quedar en poder de los acreedores fatigados de esperarle, y que al fin no tuvo mas remedio que pagar.

Solo tres años habian sido suficientes á Emilio para llegar á este deplorable estado; dueño á los veinte y cuatro años de una brillante fortuna, habia cedido como otros muchos á los fatales atractivos de la corte, separándose de su buena tia Catalina que tuvo en lugar de madre. Sin embargo al separarse Emilio de su tia, depositó una suma en casa de un comerciante asignándole una pensión.

Pero los temores instintivos que le inspiraba la nueva vida á que su sobrino iba á entregarse, no tardaron en justificar su presuncion, porque seducido el jóven con los encantos de Madrid, se dejó llevar de falsas apariencias, cayó en las redes que le tendian y perdió sucesivamente su brillante fortuna. Con la ruina vinieron el desden de sus amigos, y el desprecio de las gentes, tristes consecuencias de una vida disipada. El lujo desordenado, al cual debia la pérdida de gran parte de su fortuna, borró com-

pletamente sus instintos generosos, exaltó su orgullo y sustituyó á las candidas inspiraciones de la conciencia, aquel código de preocupaciones que cierta clase de gente coloca en el lugar de los deberes.

Emilio Garcés participó de esta caballerosidad moderna, que olvidando la grandeza y lealtad de la antigua nobleza, no ha sabido suscitar mas que sus vicios. Habiéndose mostrado flexible al abuso de los placeres, habia llegado á la vejez moral que constituye la filosofia de los libertinos.

Los recuerdos que tenia le avergonzaban, y miraba con sentimiento lo que hasta entonces habia hecho su vanidad, sino su gloria. En este momento llegó el portero y le anunció que el coche que habia mandado venir estaba esperándole; cogió una caja de polisandro, salió bruscamente sin dar el último adios al aposento que no volveria á ver, y llegó á la puerta. Al tiempo de subir al carruage, dijo estas palabras al cochero:

—Plazuela de los Afligidos, número 52.

El cochero cerró la portezuela, subió al pescante, arreo á los caballos y partió.

II.

Una hora despues se encontraba Emilio solo y en una buhardilla casi sin muebles, y acabando de quemar algunas cartas que recordaban la esplendidez de su vida pasada.

Cuando hubo consumido el fuego de la hornilla el último resto de papel, se acercó á la caja de polisandro que estaba sobre una silla y la abrió.

Esta caja encerraba un par de magníficas pistolas, único objeto de lujo que habia podido arrancar del naufr-

gio de su fortuna; conservó estos objetos diciendo que eran sus últimos amigos y sus libertadores, pues también pertenecía Emilio á ese género de hombres voluptuosos que no pue-

den aceptar la vida si no va acompañada de bacanales; pero que cuando llega el terrible día de la prueba, se lanzan ellos mismos en la hoguera como Sardanápalo. Incapaz de soportar su



infortunio, resolvió buscar el descanso por medio de un suicidio; solo quería evitar el ruido de la denotación, y por eso se había ido á este barrio lejano, á fin de cumplir secretamente su proyecto. No habiendo hecho conocer á

nadie su nueva morada, y habiendo acabado de destruir todos los papeles que pudieran revelar su nombre, estaba seguro de morir desconocido y de evitar á su memoria la vergüenza de su deplorable estado.

Pero no había hecho mas que coger una de sus pistolas, cuando oyó en la escalera un ruido de pasos precipitados. Por un movimiento involuntario, y como si temiera ser sorprendido, colocó la pistola corriendo a una de sus sienes; mas su nombre pronunciado por una voz que creyó reconocer le detuvo, y apenas tuvo el tiempo necesario para colocar el arma en su sitio, porque casi en el mismo instante se abrió la puerta y se presentó su tia Catalina, cargada con un lio de ropa.

El grito de sorpresa del joven se confundió con el de alegría que lanzó Catalina en el momento que abrazaba a su sobrino: aturrido Emilio con la llegada inesperada de su tia, se dejó abrazar sin poder comprender lo que le pasaba. Sus mismas preguntas no le dieron en un principio si no muy pocas aclaraciones, porque la agitada Catalina lloraba de emoción y no podía responder mas que con frases entrecortadas, donde el placer y el dolor se reproducían alternativamente y por intervalos casi iguales.

—Sobrino de mis entrañas, al fin te vuelvo a ver.... ¡Ah! yo estaba segura de volverte a encontrar! Cuando una es tan desgraciada!.... Estoy llorando de alegría... Pero Dios me ha protegido siempre... Creí que el pesar me volvía loca.

Dejó de abrazar a Emilio, quien se irritaba viendo que no podía comprender aquellas frases ininteligibles. En fin, á fuerza de preguntas, comprendió que su tia había sabido su ruina, y que su primer pensamiento, á semejanza nueva, había sido de partir para Madrid, llevando á su sobrino la suma que ella disfrutaba por su generosidad; pero el comerciante al cual estaba confiada, se había declarado en quiebra, y se encontraba tan arruinada como Emilio.

—¿Con que tambien vd. está arruinada? ¿no es verdad?

—Enteramente arruinada, sobrino mio, no me queda otra cosa que la caña de la escoba, como vulgarmente se dice en nuestro pueblo.

—¿Y ha venido vd. á Madrid pensando que podía socorrerla?

—No, Emilio de mi corazon; sabia que te encontrabas sin recursos como yo.

—Entonces, ¿por qué ha venido vd. á buscarme? preguntó Emilio con dolorosa impaciencia; ¿qué puede vd. esperar de mí?

—¿Qué espero? dijo Catalina, voy á decirtelo; juntar el valor de cada uno de nosotros ya que no contamos con otro capital; darte consuelos y recibir los tuyos, lo mismo que se hace cuando se tiene frio.... La miseria de dos se disminuye.... Además ¿no eres joven todavia?.... pues bien, tú trabajarás...

Emilio hizo un gesto sardónico de desden.

—Mas despacio, tia Catalina, dijo con tono amargo; vd. no se ha acordado de hacerme aprender un oficio; no sé otra cosa que servirme con mis propias manos.

—Bueno, no te apures por eso, te servirás de tu talento tambien, interrumpió Catalina; ¿puede afligirte eso, cuando todavia tienes que vivir medio siglo?.... Ya encontrarás un empleo.

—No le quiero, exclamó el joven desesperado; no quiero estar sujeto á la voluntad de nadie.... Hasta aqui he sido libre, y si no puedo serlo mas, me quitaré la.... no quiero ser empleado.

Catalina miró á su sobrino con admiracion; era la primera vez de su vida que había oído hablar así contra el trabajo; pero con aquel maravilloso instinto de muger que penetra en un momento las cosas mas desconocidas, comprendió que no debía entrar en esplicaciones acerca de la repugnancia de Emilio hacia el trabajo, ni rebatir su pensamiento.

—Pues bien, yo seré entonces la que trabaje, continuó; y no haya miedo de que me falten las fuerzas. Por espacio de dos meses he velado cuando tú eras pequeño: todos creían que ibas á morir; pero yo, como tenia mucha confianza en Dios y en mi buena voluntad, tuve esperanzas de salvarte y te salvé; lo mismo me sucede ahora.

El orgullo de Emilio se presentó al instante, al reflexionar que una muger anciana y débil iba á servirle de apoyo, contestó Emilio con acritud; pero

Catalina pareció comprender el cambio de su sobrino, y estrechándole entre sus brazos, le pidió perdón por su audacia, y reconoció que era ella la que debía aceptar su protección.

—Te he comprendido, dijo, tú serás el jefe de la familia, y contaré con tu apoyo como tú en otro tiempo contabas con el mío... es justo que á cada uno le llegue su vez; las mugeres cuidan de los niños, y estos niños cuando llegan á ser hombres, cuidan de las mugeres ancianas.

Emilio no respondió nada, pues se encontraba en una de aquellas posiciones tan difíciles, de la cual no podía salir sino por un medio vergonzoso. ¿Cómo decir á la pobre Catalina que no tenía razón en suponer á su sobrino reconocido y animoso para trabajar? ¿Cómo negar que en vez de ser protegido debía proteger á aquella infeliz anciana que venía buscando su socorro? Acaso en presencia de sus amigos hubiese Emilio cometido esta audacia, porque acostumbrados aquellos á burlarse de todos los deberes humanos, le hubieran dirigido uno de aquellos sarcasmos que hieren en lo mas vivo; pero estaba solo con su tia, y una especie de pudor instintivo le detenía; en una palabra, su egoismo no aparecía, pero sí el desaliento; encogiose de hombros y comenzó á recorrer con la vista su cuarto—buhardilla con los brazos cruzados y con los signos de una colera mal reprimida. Catalina hizo como que no se apercebía de ello, y sin detenerse en nada tomó posesion del nuevo cuarto, que halló se componía solamente de dos piezas muy reducidas y contiguas, y se puso silenciosamente á arreglar la ropa blanca y demas utensilios que traía en un pañuelo.

No obstante, Emilio, reflexionó acerca de su siniestra tentativa interrumpida por la llegada de su tia; pero su proyecto subsistía en su imaginacion, y esperaba que al día siguiente dejaría á su tia Catalina bajo cualquier pretexto, pasaria á uno de los rincones mas ocultos de un bosque en las afueras de Madrid, y daría horroroso fin á sus padecimientos morales; mas esta

horrible perspectiva calmó hasta cierto punto su mal humor, y pareció someterse con cierta complacencia á los planes que su buena tia comenzaba á formar, y cuando se fueron á acostar se hicieron completamente las paces entre tia y sobrino.

Aquella, sin embargo no estaba de un todo tranquila, aun cuando quiso aparecer como que lo estaba, pues la vista de las armas de Emilio, le habian inspirado un vago temor. No se pasa impunemente de una vida cómoda y apacible á las dolorosas incertidumbres de la indigencia, porque para aceptar sin mucho esfuerzo la nueva posicion en que se hallaba, era preciso mas juventud, mas despreocupacion y mas alegría. Catalina no podía dejar de echar de menos todo cuanto la faltaba; su sangre ardiente se encendió; su ánimo escitado por la fiebre, se puso á inventar recursos los mas disparatados para subsistir, y creciendo este estado mas y mas, concluyó por caer en el mas espantoso delirio. Emilio que se habia quedado dormido, despertó á la voz de su tia, y encontró á la pobre anciana sentada sobre la cama, con el rostro inflamado, la vista estraviada y la respiracion frecuente y dificultosa; apenas Catalina conoció á su sobrino, ni respondió á sus preguntas si no con frases inarticuladas... solamente repetía muchas veces, que quería trabajar, que era muy fuerte y que no estaba enferma.

Emilio, á pesar de su dureza, no pudo menos que turbarse; la corrupcion del entendimiento puede hacernos insensibles á los dolores morales, no lo dudamos, pero el dolor fisico afecta por lo regular á toda clase de personas; sufrimos viendo sufrir, y sentimos la necesidad de aliviar al que padece.

Emilio se esforzó, pues, en aliviar á su tia Catalina, y esperó con impaciencia el día venidero para buscar un médico. Cuando este llegó examinó á la enferma con especial cuidado, y declaró al joven que todo anunciaba el principio de una enfermedad grave y prolongada.

—Temo que no pueda vd. darla

los cuidados que exige, añadió el médico echando una rápida ojeada sobre los miserables muebles de la buhardilla; y lo mas prudente sería llevarla á un hospital.

Emilio se estremeció á esta palabra, y Catalina, que tambien la habia escuchado, lanzó un grito de horror. Educada con las preocupaciones de una provincia, se habia acostumbrado á mirar el hospital como el último grado de la desgracia y de la vergüenza, y dijo que preferia morir, y que no tenia necesidad de los auxilios de médico, porque ella sola podria curarse... y que estaba ya buena enteramente.

Y para apoyar esta espresion, procuró levantarse; pero al primer esfuerzo, cayó al instante sin sentido.

Emilio se esforzó por calmarla, prometiéndola que no la entregaria á cuidados extraños.

Esta promesa no era á la verdad un medio de calmarla solamente, porque experimentaba una invencible repugnancia en abandonar á una parienta suya que le habia servido de madre. El orgullo se unió á su sensibilidad para odiar la idea del hospital, y reflexionó que el no curar á su tia Catalina en esta ocasion, era mas que dureza, ingratitud y cobardia; y esta última palabra pronunciada interiormente le decidió, y renunció al suicidio substituyéndole con su buena obra.

Como el médico lo habia anunciado, la enfermedad no tardó en aparecer con todo su carácter de gravedad, siguiendo despues todas las fases ordinarias y con las alternativas que traen consigo unas veces el temor y otras la esperanza. En un principio Emilio cumplió sus funciones de enfermero con alguna repugnancia; pero insensiblemente se fué poco á poco interesando con la lucha del mal, cifrando cierta especie de orgullo en salir airoso y

triumfante. El reconocimiento de Catalina estrechaba mas por otra parte estos lazos, y así, Emilio se sentia cada vez con mas fuerza y con mas paciencia, á fin de no encontrarse inferior á los cuidados de su tia durante su primera juventud.

Mas un socorro inesperado vino á modificar sus fatigas.

Las habitaciones inmediatas á la suya, estaban ocupadas por un caballero, victima de las revueltas políticas, llamado don Gerónimo y por su hija Enriqueta, que pintaba paisajes de abanicos; esta familia habiendo sabido la grave enfermedad de Catalina, pasó al instante á ofrecer sus buenos servicios, y bien que Emilio les hubiera dado gracias en un principio con agrado y finura, no esquivó en adelante las ocasiones de volverlos á visitar. Especialmente Enriqueta se mostró cada dia mas previsora, quien despues que entregaba su obra, pasaba á la habitacion de la enferma, y cuando Emilio se veia obligado á salir de casa, venia ella á situarse á la cabecera de la enferma, quien no se apercebía de la ausencia de su sobrino; tambien muchas veces suplicó al jóven que se ausentase y descansara mientras ella cuidaba á la buena Catalina, sin que por eso dejase de iluminar sus paisajes de abanico.

Apercibió Emilio que en algunas ocasiones le habia relevado de hacer algunos gastos, pues vió algunas medicinas para la enferma que él no habia comprado, y otras varias cosas de imperiosa necesidad, como luz, etc., y por mas sensible que le fuese ver estas dádivas tan espontáneas, no podia menos de sufrirlas, pues sus recursos y los de Catalina se iban agotando, y la venta de algunas alhajas de poco valor, no habia sido suficiente á los indispensables gastos que diariamente habia que hacer.

(Se concluirá.)



CUENTOS PARA LOS NIÑOS.

EL ABAD DE SAN PEDRO.

Entre los numerosos dominios que los Villars poseían en Normandía, en el siglo XVII, se encontraba uno conocido con el nombre de *Motteville*, situado á corta distancia del Vire y cuya estension consistía en unas cuantas aranzadas de tierra; el río era también de corta estension y estaba sombreado por algunos sauces, álamos y chopos, en cuyo sitio el último propietario había establecido un jardín de cortas dimensiones, pero fielmente copiado del parterre de Versalles. Allí aparecían los mismos vallados, los mismos zarzales, las mismas estatuas fabricadas con la piedra del país en vez de bronce y mármol; de suerte que la reputación de *Motteville*, se había dilatado á toda la Normandía; venían á ver el jardín del señor marqués desde muy lejos, y los caballeros que le recorrían, aseguraban después de un prolijo exámen, que era de todo punto inútil emprender un viaje á Versalles.

Cuando el marqués murió, el caballero de Castel y el vizconde de Beuvilliers, que eran los mas próximos herederos, acudieron juntos llevando consigo unos cuantos hombres inteligentes y letrados que debían servir de consejeros en ocasión tan importante: encontraron en el palacio uno de sus parientes, Carlos Ireneo de Castel, mas conocido con el nombre de abad de San Pedro, que había llegado á pasar algunas semanas al lado del marqués y tuvo ocasión de asistirle en sus últimos momentos. Los dos primos conocían al abad, á quien después que saludaron respetuosamente, le retornaron allí de comun acuerdo.

Ireneo de San Pedro era uno de estos hombres inofensivos que no se

pueden mirar sin simpatizar con ellos, hablaba poco, pero su pensamiento estaba siempre ocupado de la felicidad de los demás, llegando á merecer este elogio de Alemberto, quien decía que su vida podía reunirse en estas dos palabras: *dar y perdonar*.

El caballero y el vizconde en un principio no disputaron acerca de las reparticiones; cuando se trató de la quinta, del arbolado, del palacio, acordaron de acuerdo y heredaron partes iguales; pero al tratar de *Motteville*, ambos declararon que debían poseerle á todo precio. *Motteville*, en efecto, era lo mejor de la herencia respecto á las demás posesiones, y el que quedase dueño de esta importante finca, debía pasar á los ojos de todo el mundo por el único heredero del marqués; con *Motteville* se adquiría una especie de celebridad, y se estaba seguro de ser honrado con la visita de la nobleza normanda; mas sin la posesión de *Motteville*, todo se limitaba á ser rico y nada mas.

Un mes antes, los primos se hubiesen contentado con esta última condición; pero la prosperidad hace á los hombres exigentes, y cada cual por su parte prosiguió tenaz en sus pretensiones. Las disputas que se siguieron engendraron primero la acrimonia y el despecho, después vinieron las recriminaciones y las amenazas, y los dos adversarios exaltados por la mútua contradicción, declararon que litigarian toda su vida antes que ceder el uno al otro á *Motteville*.

El abad de San Pedro vió desde su origen esta división con harto pesar suyo, y se tomó la libertad de hacer algunas observaciones sobre el asunto; pero los consejos de la razón hacen en la cólera el mismo efecto que el agua en hierro hecho ascua. El abad comprendió al instante que todas sus palabras serían inútiles, y renunció á la

esperanza de restablecer la union entre los dos primos.

Estos comenzaron las hostilidades poniendo sus negocios en manos de abogados, que acto continuo entablaron el proceso, y continuamente habia conferencias, nuevas asignaciones, nuevos gastos, para los cuales nuestros litigantes, teniendo que aprontar gruesas cantidades, empeñaban sus mieses antes de haberlas recolectado.

Sin embargo, no se sabe por qué, se decidieron á hacer constar contradictoriamente sus derechos sin manifestarse resentidos el uno del otro, al menos en la apariencia: continuaban viviendo en el palacio, y se veian y hablaban con amistosa familiaridad, mientras que sus abogados, en nombre de los dos se hacian la guerra mas encarnizada.

El abad de San Pedro, neutral en la reñida contienda, escuchaba separadamente las confidencias de cada una de las partes beligerantes, y especialmente un dia, el caballero y el vizconde, el uno despues del otro, le manifestaron su necesidad de dinero para la continuacion del proceso; las sumas que ya se habian empleado para este fin, eran muy considerables; pero por esta misma razon, los litigantes se veian precisados á no oponerse á la continuacion del litigio, con el objeto de reponer algun dia con la ganancia del pleito, los gastos que se habian originado. El abad de San Pedro no contradijo en nada sus proyectos; al contrario pareció como que aprobaba la determinacion de ambos, y teniendo de esta manera favorablemente dispuestos, pidió por favor á los litigantes, que asistiesen aquella misma noche juntos, porque queria leerles varias paginas de una obra que habia comenzado, y exigia sus pareceres. Al instante los primos hicieron presente su incapacidad para semejante consulta; pero aceptaron el convite y prometieron ser francos y veraces al emitir sus humildes opiniones.

En su consecuencia, á la hora convenida se reunieron, y el buen abad dió principio á su lectura de la siguiente manera:

«Entre las innumerables islas que ro-

dean el Misisipi, hay dos de una mediana estension, pero de una fertilidad sin ejemplo: la avena nace alli con abundancia y sin cultura, los árboles están cargados de frutos esquisitos y sabrosos: esta fertilidad atrae á los alces y á las cabras, que suministran al cazador una caza segura; y en fin, los golfos formados de trecho en trecho en los contornos de las dos islas, se ven frecuentados por infinidad de peces blancos que se pueden pescar sin gran trabajo.

«En cada una de estas islas, existia un solo habitante: el de la Isla Verde se llamaba Maki, y el de la Isla Redonda, Barko. Como sus dominios estaban tan cercanos el uno del otro, ambos se visitaban con frecuencia y vivian en la mejor armonia. Maki era el mejor cazador del mundo y Barko el pescador mas inteligente; los dos se cambiaban mutuamente sus bienes con gusto y afabilidad.

«En cuanto á lo demas, sus exigencias eran las mismas y sus riquezas enteramente iguales; vivian del producto de sus islas, habitaban una cabaña que habian construido con sus propias manos, y sus vestidos consistian en pieles de alces, y sus adornos en plumas de águila ó de otros pájaros raros.

«Pero sucedió que un dia Barko, reuniendo los pescados que acababa de coger, halló en las entrañas de uno de ellos un semicírculo de oro enriquecido con piedras de diferentes colores. Un hombre civilizado lo hubiese fácilmente aplicado para adornar la cabeza de alguna elegante señora de España en calidad de peineta; pero Barko que jamás habia visto una cosa parecida, despues de haber manifestado su contento á la vista de este maravilloso adorno, pensó en ponérselo como diadema, como collar, bien colgárselo en la nariz ó suspenderlo en una de sus orejas. Este ultimo empleo fué el que le pareció mas conveniente y no se detuvo en hacerlo.

«La primera operacion de nuestro salvaje, fué correr en busca de Maki, á quien dió noticia de su excelente hallazgo: éste quedó mudo y sorprendido mirando estupefacto el raro pendiente



BARKO.

de su camarada, porque nunca habia visto una cosa tan bonita y singular; el nuevo adorno de Barko le daba la semejanza de un dios.

«Perola admiración camina casi siempre por una pendiente muy rápida y llega pronto á la envidia; de suerte que Maki se dejó deslizar primero sin percibirse de ello, y por último gustosamente y con reflexion. ¿Por qué su compañero y no él, habia encontrado semejante tesoro? ¿Era por ventura mas hermoso, mas fuerte, mas valiente? Los pescados del *padre de las aguas* ¿no pertenecian tambien lo mismo á Maki que á Barko? ¿Dónde habia encontrado aquel magnifico pendiente que tan bien sentaba en su oreja? ¿No era en la Isla Verde y por consiguiente en el dominio de ambos?»

«Estas reflexiones que en un principio las hizo en silencio, las repitió despues en voz alta. Barko respondió á ellas con la altanería que le inspiraba su reciente hallazgo; el pescado le cogió él en medio del río, y la alhaja le pertenecia legitimamente, y así la defendería á todo trance.

«Habiendo dicho esto, se separó de su amigo manifestando su enfado.

«Maki se quedó solo y no pensaba en otra cosa mas que en el pendiente de su compañero; indignábase de su ventura y de su insolencia, y tomó la resolución de quitárselo. Al día siguiente tuvo ocasion de dar principio á su intento.

«Barko vió un búfalo que atravesaba el río, al cual persiguió desde su canoa, y precisamente le alcanzó y le mató en uno de los parages mas frondosos de la Isla Verde. Maki acudió al momento declarando que el animal le pertenecia; los dos se acalararon y de las palabras pasaron á las obras. Barko herido se refugió en su choza, pero jurando que se vengaría.

«El habitante de la Isla Verde notó la necesidad de estas amenazas para caminar siempre alerta, porque sabia que todo lo debía temer de un vecino valeroso y vigilante; y por esa razón resolvió estar siempre prevenido. Aprovechándose de la oscuridad de la noche, se embarcó sigilosamente,

llegó á la Isla Redonda y penetró en la cabaña de Barko con el hacha en la mano; pero la cabaña estaba vacía. No habiendo encontrado á nadie, se contentó con incendiarla y volvió sin detenerse al parage de su dominio.

«Mas antes de llegar, vió grandes llamas por entre los arboles que protegian su habitacion, y acudiendo á ella lleno de inquietud, vió con notable sorpresa que tambien su cabaña acababa de ser incendiada por Barko.

«Los dos salvajes concibieron el mismo pensamiento de venganza; ambos se encontraban sin abrigo.

«Estos fueron los primeros sintomas de la guerra que se habian declarado, y desde este momento Maki y Barko renunciaron al sosiego y á la tranquilidad que hasta entonces habian disfrutado. Embozados en sus pieles, y únicamente ocupados de hacerse daño no salian de su retiro sino para buscar el necesario alimento; temian entregarse al sueño, y el odio y el deseo de la venganza se iba acrecentando lentamente.

«Algunas luchas que tuvieron, pero sin resultado definitivo, aunque las mas veces salian heridos, acabaron de hacerlos irreconciliables. Maki sentia que su envidia se aumentaba á medida de su cólera, y siempre que veia á Barko desde lejos con el pendiente en la oreja, tan hermoso y relumbrante, palpitaba su corazón de rabia, y el pendiente de su enemigo era un desafío que tácitamente provocaba su valor. ¿Qué importaban las heridas que habia recibido el pescador, las vigiliass y el hambre que soportaba, si siempre llevaba colgado de su oreja el magnifico pendiente?

«Este pensamiento escitaba la rabia del cazador, y no pudiendo soportar por mas tiempo el triunfo de su adversario, resolvió emprender con él una lucha decisiva; armándose, pues, de su hacha y de su cuchillo, atravesó á nado el espacio que le separaba de la Isla Redonda (pues ni el uno ni el otro tenian ya canoas), llegó á donde estaba Barko, y le atacó de improviso lanzando un fuerte grito; pero el dueño del pendiente, evitó el tremendo

golpe que debió darle la muerte, echó mano a sus armas, y opuso al furor de su enemigo una defensa desesperada.

«Ambos se vieron bien pronto cubiertos de heridas. Maki sintió muchas veces el hacha de su contrario cerca de su cabeza; pero preocupado con el violento furor que le dominaba, no se detuvo y continuó peleando; en fin, el último hachazo le recibió Barko que cayó a los pies de Maki, quien se precipitó sobre el vencido lanzando un ahullido de alegría y de victoria, al cual respondió el salvaje derribado con el último gemido.... dejó de existir.

«Embriagado con el orgullo del triunfo, alargó Maki la mano y arrancó el pendiente que tanto había deseado de la oreja del cadáver....Era suyo....

«Después de haberle contemplado con risa salvaje, arregló sus cabellos inundados de sangre, pero de repente sus dos manos que se dirigieron a su cabeza se detuvieron; lanzó un grito de horror.... aquella alhaja tan disputada no tenía ya empleo....el muerto había cortado en la lucha las orejas del vencedor.

«Maki comenzó a correr desesperado para aquella isla desierta, no viendo otra cosa, que las ruinas de las cabañas, los restos de las canoas y el cadáver del que había sido su amigo.»

El abad de San Pedro había dado fin a su lectura; el vizconde y el caballero la escucharon, primero con indiferencia, después interesados y reflexivos; se habían mirado el uno al otro, y por último se levantaron, y después de haber saludado al venerable abad, se ausentaron sin hablar.

A la mañana siguiente cuando Ireneo bajó para el desayuno, halló a los litigantes sentados a la chimenea, y arrojando al fuego una porción de legajos de papeles sellados y manuscritos. Cuando vieron al abad que se había detenido a la puerta, se volvieron riéndose.

—Por Dios, ¿qué haceis? preguntó Ireneo sorprendido.

—Hemos comentado vuestra anécdota americana, respondió el vizconde; el

Maki y el Barko normandos han comprendido que persistiendo en disputar la posesión de *Motteville*, lograrán infaliblemente su ruina. El dominio que disputábamos le hemos echado a la suerte y queda en la legítima pertenencia del caballero.

El abad celebró gozoso con los primos este feliz convenio, que salvaba su fortuna y aseguraba su buena inteligencia. Cuando alguno de los primos tenían noticia de algún pleito largo y muy reñido, exclamaban:

—Esto vendrá a parar en lo de la historia de Maki el indio, que perdió las orejas conquistando la alhaja con que debía adornarlas.

EL NIÑO Y LA ORTIGA.

FÁBULA.

Sucedíole cierto día
En el campo a un pequeñuelo
Ser de una ortiga picado.
Lanzando gritos horrendos
A su padre se acercó.
A quien habló en estos términos:
«Pues si apenas he llegado.
«A este vegetal maléfico,
«Porque siempre le miré
«Con suma cautela y miedo.
«Hijo, respondió su padre
«Acariciándole tierno:
«La dulzura que empleaste
«Para tocarle repueho,
«Pues la ortiga es una planta
«Que exige el atrevimiento
«Del que pretende cogerla:
«Resolución te aconsejo
«Si quieres que no te pique.
«Sirvate si no de ejemplo
«Muchas clases de individuos
«Que en el mundo estamos viendo,
«Que tratados con dureza
«Suelen ser blandos y buenos,
«Y si con dulzura, son
«Criminales y perversos,
«Y piden como la ortiga
«Idéntico tratamiento.

Traducida del inglés.

I. A. BERMEJO.